

durante la Dictadura, acogió obras muy simples, sentimentaloides, en ocasiones incluso sensibleras, que transmiten una visión negativa del panorama social y realzan la importancia del esfuerzo individual en detrimento de las acciones colectivas, características que tal vez expliquen la en apariencia absurda y contradictoria tolerancia gubernamental. Mas tampoco debe olvidarse que Primo de Rivera, haciendo gala de un sorprendente sentido del oportunismo político, permitió que un radicalizado grupo de jóvenes universitarios publicase un animoso boletín con pretensiones de órgano revolucionario, *Post-Guerra*,<sup>5</sup> considerando que su contenido carecía de peligrosidad, pues las autolimitaciones que los propios redactores se imponían más la definitiva incorporación de los censores liquidaba la hipotética contundencia de sus páginas, transformadas así en una magnífica válvula de escape, retórica e inofensiva, para las inquietudes de sus promotores, quienes de no contar con la misma probablemente hubiesen recurrido a otra menos amable, y en un nada desdeñable argumento para la propaganda oficial, empeñada entonces, cercano ya el final de la Dictadura, en propalar la extraña especie de que adornaba al Gobierno un talante dialogante y comprensivo. Constatar aquella realidad fue, por cierto, lo que movió a sus redactores a terminar con *Post-Guerra*.<sup>6</sup> Quizá considerase el Poder que los relatos de *La Novela Ideal*, dominados por una trama pseudo folletinesca que diluía casi toda su significación ideológica, cumplían una función similar.

5. La situación sólo volvería a normalizarse tras la caída de Primo de Rivera. Pocos meses después, en junio de 1930, o sea, en plena etapa Berenguer, la poderosa empresa *Prensa Gráfica* (Madrid), editora de revistas tan populares como *Nuevo Mundo*, *Mundo Gráfico*, *La Esfera* o *Crónica*, emprendió la publicación de una serie, denominada *La Novela Política*, dedicada, según reza su explícita declaración programática, a difundir, novelándolos para dar amenidad a su lectura, «los episodios salientes de la vida española, las luchas de ideas, los movimientos revolucionarios, las grandes figuras políticas, las inquietudes populares, cuantos sucesos y cuantas figuras tuvieron un eco en la vida nacional». En total, aparecieron once obras (de treinta y dos páginas, con ilustraciones de los dibujantes Roberto y Baldrich, y los consabidos treinta céntimos de precio), y todas, excepto dos: *La noche de San Juan* de Angel Lázaro y *La sublevación del Carmen (Unas horas de gobierno soviético en Zaragoza)* de Mariano Sánchez Roca, tratan temas o sucesos del siglo XIX. En cierta manera *La Novela Política* representa una etapa intermedia entre los ya tópicos y triviales relatos de las colecciones derivadas de *El Cuento Semanal* y las novelitas de intencionalidad revolucionaria, continuadoras a su vez de *La Novela Roja*, que muy pronto recuperarían su lugar en la calle.

6. El paso decisivo lo daría Ceferino R. Avecilla en junio de 1931 al lanzar, con manifiesto sentido de continuidad, una serie también titulada *La Novela Roja*, asimismo de periodicidad semanal, veinte céntimos de precio y dieciséis páginas de contenido

<sup>5</sup> *Post-Guerra*, Madrid, junio de 1927-septiembre de 1928, 13 números. Dirigida por José Antonio Balbontín y Rafael Giménez Siles, entre los redactores hay que subrayar la presencia de José Díaz Fernández, Joaquín Arderius, Justino de Azcárate y José Venegas.

<sup>6</sup> Mantener *Post-Guerra* en tales circunstancias «equivalía a editar un periódico anticlerical con censura eclesiástica», reconocería José Venegas en su artículo «La revolución española y los intelectuales» (Nosotros, Buenos Aires, número correspondiente a marzo-abril de 1932). Véase también, del mismo autor, *Andanzas y recuerdos de España*, Montevideo, Ferial del Libro, 1943; pp. 138-9.

con ilustraciones por lo general a cargo de Cheché. Junto al recién citado Avecilla, su director, en torno a la serie se agruparon Joaquín Arderius, Basilio Alvarez, Ricardo Baroja, Victorio Macho, José Antonio Balbontín, Antonio Espina, José Díaz Fernández, Alicia Garcitoral, Adelardo Fernández Arias, Margarita Nelken, César Falcón, Juan Guixé, R.L. de Pinillos, Enrique López Alarcón y Artemio Preciosa, cualificado conjunto de autores, ideológicamente en su mayoría adscritos al abigarrado campo del republicanismo radical, en el que resulta obligado destacar la presencia de tres jóvenes escritores situados en la órbita del Partido Comunista (Balbontín, Arderius y Pinillos), circunstancia que diferencia con rotundidad a *La Novela Roja* de Avecilla del resto de las series de novelas breves y tendencia revolucionaria de quiosco, hasta entonces casi en exclusiva animadas por republicanos radicales, idealistas intelectuales o curiosos hombres de acción, ocasionalmente convertidos en pendolistas, procedentes de la tan aguerida como inagotable cantera del anarcosindicalismo.

*La Novela Roja* apenas duró un par de meses, su catálogo se limita a siete títulos: *Historia verídica de la revolución española* (9 de junio de 1931), *Estampas de la revolución* de Victorio Macho (16 de junio), *El Quinto Evangelio* de Ceferino R. Avecilla (23 de junio), *La fábrica* de Alicia Garcitoral (30 de junio), *El orden* de Margarita Nelken (8 de julio), *Lumpemproletariado* de Joaquín Arderius (15 de julio) y *Un franco diez* de R. Pinillos (22 de julio). En el aspecto literario, aceptable en comparación al nivel medio de las colecciones derivadas de *El Cuento Semanal*, ocupan el extremo negativo la forzadísima, sensacionalista y casi disparatada narración de Avecilla<sup>7</sup> y las en exceso escuetas *Estampas* del escultor Victorio Macho, simples pinceladas en demasiadas ocasiones; se leen, sin embargo, con gusto la divertida crónica de Baroja, afortunada caricatura de acreditados tópicos propagandísticos de la derecha, el irónico testimonio de M. Nelken y *La fábrica* de Alicia Garcitoral,<sup>8</sup> magnífico exponente —en cuanto novela corta— de la tendencia rehumanizadora, del «nuevo romanticismo» que según la certera frase de Díaz Fernández pretendía hacer «un arte para la vida, no una vida para el arte». En *Un franco diez* Pinillos se deja arrastrar por un inmoderado afán didáctico que le lleva a exagerar todas las situaciones; *Lumpemproletariado* es un simple fragmento mal escogido (carece de entidad como relato) de *Crimen*,<sup>9</sup> una de las mejores novelas largas de su autor.

<sup>7</sup> El relato gira en torno a un misterioso personaje (misterioso sólo en la intención del autor), que dirige primero una ocupación de tierras y promueve después la quema de varias iglesias, a quien solían acompañar dos ladrones («o dos comunistas, que es igual», precisaría en la página trece un policía) respectivamente provistos de una hoz y un martillo, costumbre (la de no poder salir de casa sin la amable compañía de tales herramientas) al parecer adquirida en el desempeño de sus honradas profesiones anteriores de campesino y metalúrgico. Delatados por un traidor, que respondía —como era de rigor— al nombre de Judas, la Guardia Civil, «los modernos centuriones», puso punto final a sus correrías mediante el expeditivo recurso de una descarga alevosa. Y, para mayor coincidencia, en el reparto de balas al misterioso personaje le correspondieron cinco: «dos que le atravesaban las manos...; dos que asimismo le atravesaban los pies... y otra en el costado...» (pág. 15). Avecilla ha sido, por consiguiente, uno de los contados autores que, literariamente, se han atrevido a matar a Jesucristo.

<sup>8</sup> Garcitoral corrigió después la novela; el texto definitivo es el de la segunda edición: *La fábrica*. Virginia. Agonía. Don Miguel de la Mancha. Novelas cortas. Madrid, Castro, 1934.

<sup>9</sup> *Crimen*. Madrid, Castro, 1934; pp. 10-8. Merece la pena señalar que durante el verano de 1933 Arderius publicó en el diario *La Libertad de Madrid* una serie de artículos, agrupados bajo el título de «El dolor de la vida», centrados en la misma temática que *Lumpemproletariado* y *Crimen*: el mundo degradado, contradictorio, y en cuanto tal sometido a tensiones angustiosas, de los parados procedentes de la clase media.

Desde una perspectiva política, *La Novela Roja*, correspondiente a los comienzos de la República, refleja con absoluta nitidez el acusado sentimiento de decepción que pronto se extendió entre amplios sectores de las vanguardias sindicales y políticas, afectando en consecuencia a los intelectuales vinculados a las mismas, a causa de las moderadas disposiciones que presidieron la actuación del Gobierno Provisional. Con la excepción de Victorio Macho, que atribuía los errores —no los negaba— a los lógicos tropiezos de cualquier inicio, y de alguna manera también, en cuanto a estos textos concretos se refiere, con la de Margarita Nelken, las características de cuya obra se alejaban del tema (aunque eso no le impidió dedicar varias alusiones poco cariñosas al ministro de Gobernación ni al partido Derecha Republicana), salvo estas dos excepciones, o mejor dicho, salvo estas dos excepciones a medias, los autores de *La Novela Roja* sustentaron unas opciones que rebasaban con creces, sobre todo en materia social y religiosa, los timoratos límites que el Gobierno, aunque no sin disputas ni contradicciones acabó haciendo suyos.

La República ni siquiera llegaba a los dos meses de vida cuando salió el primer número de *La Novela Roja*. Pero lo cierto es que en aquel breve margen de días ya habían pasado, o dejado de pasar, suficientes cosas. La solución aplicada al siempre crucial problema del orden público, resuelto de nuevo mediante el expeditivo recurso de la Guardia Civil,<sup>10</sup> y los nada gloriosos sucesos de mayo<sup>11</sup> constituyeron los hechos claves. La serie que ahora nos ocupa pereció, estrangulamientos económicos al margen, al imponerse la dura realidad de que la historia y las utópicas ansias de sus promotores marchaban por caminos opuestos. El fragor de la batalla política, una urgente sucesión de proyectos con revuelto aluvión de adversidades, dejaría a la empresa sin aliento. Mas la huella de los hombres de *La Novela Roja* —tenue en el tiempo, intensa en el testimo-

<sup>10</sup> «Mis compañeros, incluido el Presidente», escribió el ministro de Gobernación, «me pedían que disolviese el Cuerpo, o, al menos, que lo modificase en tal forma que diésemos la sensación de que lo habíamos disuelto. Tras largas horas de estudio y reflexión me negué categóricamente, no sólo a disolverlo, sino a alterar una sola coma de las famosas Ordenanzas... Me negué, incluso, a la sustitución del tradicional tricornio charolado por otra prenda diferente, como ya, en última instancia me pedían mis compañeros. La realidad vino pronto a darme la razón, porque en los meses que siguieron, de haber sido disuelta la Guardia Civil o su autoridad o disciplina interna mermadas, nadie habría podido responder del orden o de la paz pública» (Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII*. Barcelona, Ariel, 1966; p. 206). Consúltese la nota siguiente.

<sup>11</sup> Los incidentes comenzaron el día diez al verse sorprendida la muchedumbre que salía del Retiro —acababa de terminar el concierto de la Banda Municipal— por los inconfundibles sonos de la entonces odiada *Marcha Real*, provocadoramente lanzados al aire desde el recién inaugurado *Círculo Monárquico* de la calle de Alcalá. La situación derivó en un conato de asalto al ABC, periódico dirigido por Juan Ignacio Luca de Tena, considerado enseguida inductor de tan ostentoso desafío. Pero Maura, al corriente de los hechos, dispuso que la Guardia Civil acordonase el edificio. Y sucedió lo de siempre: «La fuerza dio los toques de atención reglamentarios», en ese preciso momento sonó —según Maura— un disparo, de origen por supuesto desconocido, y cayó, herido sin importancia, un niño que estaba subido en un árbol. Los manifestantes («las turbas», escribió el ministro) atacaron entonces a la Guardia Civil, que se vio forzada «en legítima defensa a disparar causando dos muertos y varios heridos entre los asaltantes» (obra cit., p. 245). Al día siguiente en Madrid, y el doce en diversas capitales de provincia, «las turbas» amotinadas prendieron fuego a numerosas iglesias, dando rienda suelta así a un enconado sentimiento anticlerical que llevaba largos años soterrado. Después de superar encrespadas discusiones en el Consejo de ministros, al final Maura logró imponer su criterio, el de sacar los guardias a la calle y el de hacerlo con todas sus consecuencias, dejando además claro que en lo sucesivo actuaría de idéntico modo. Sus propósitos alcanzaron enseguida trágica contundencia: ocho muertos y varios heridos pocos días después entre los cerca de mil manifestantes que, procedentes de Pasajes, avanzaban sobre San Sebastián, y las desoladoras jornadas de junio en Sevilla, con veinte muertos, algunos de ellos como consecuencia de la renovada aplicación de la ley de fugas, un interminable reguero de heridos y el pintoresco episodio del bombardeo de la «Casa Cornelio».